



mi Maestro Julio

Encuentro con Juan Roldán
-peón, secretario y amigo
de Julio Castro-
en Paso de los Novillos

Alejandra Dego | Maestra Directora del Centro "Agustín Ferreiro".

Limber Santos | Maestro. Director del Dpto. de Educación para el Medio Rural del CEP.
Docente e Investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelAR.

El itinerario que nos lleva a Paso de los Novillos comienza en la Ruta 5, pocos kilómetros al sur de la ciudad de Tacuarembó, sigue luego por un tramo asfaltado de la Ruta 59, pero rápidamente se convierte en un camino de balastro, zigzagueante y desparejo. Nos estaba esperando don Camelo, el bolichero del poblado, y Juan Roldán, el motivo de nuestra llegada al lugar y que se había aproximado desde la cercana localidad de La Rosada, su lugar de residencia.

Nos encontramos en el Almacén del Triunfo, el boliche de Camelo, instalado en un viejo local situado en los bordes del pueblo, antes de llegar a la escuela. *"Los edificios antiguos no se igualan con los que mandan a hacer ahora"*, expresa Juan, admirando sus gruesas paredes. Los anfitriones nos ubicaron en el patio interior de la casa, más allá del mostrador y el depósito de mercaderías. A este boliche viene siempre Juan Roldán para tomar un vino cortado y llevarse el surtido para la semana.

La Rosada

Juan Roldán nació el 2 de agosto de 1928. Recuerda con mucho cariño a su señora que falleció hace unos años. Nació en La Rosada, fue a la escuela de allí y, salvo los años que estuvo en Montevideo, aún cuando se fueron todos, él

permaneció siempre aferrado a su lugar. *"Compré un pedacito de campo y ahí envejecí"*. *"De la vuelta soy el que estoy aguantando de más edad"*, expresa, recordando a los que ya se han ido, entre ellos a Martha Gularte, nacida en la zona, y cuyo nombre vemos en un rincón de juegos de la escuela de Paso de los Novillos. Hoy queda muy poca gente en La Rosada y, según Juan, a la escuela del lugar solo van sus nietos, del único hijo que lo acompaña. Los Roldán eran 11 hermanos y Juan tiene a su vez 11 hijos, distribuidos por todo el país. Sus recuerdos son confusos al principio y se van aclarando a medida que vamos conversando.

El primer recuerdo

Antes de las preguntas, el primer recuerdo de Juan sobre Julio es del último día que lo vio. Julio Castro *"salió un viernes a eso de las ocho o las nueve, en un auto viejo que tenía -era un chiche el auto- y dos bolsos grandes"*. Recuerda sus problemas de salud, agravados después de haber estado preso. Juan recuerda que en esos días, Julio le decía que no podía salir porque lo iban a encontrar. Lo estaban buscando. El día anterior a la partida, Julio le dijo a su amigo: *"mañana a las ocho o las nueve vos te venís acá que yo te voy a dar la última mirada de cerca"*. *"El*

intentó hacer ese viaje; él me dijo que iba a hacer ese viaje. Llevaba dos valijas y yo no le iba a preguntar qué llevaba. Y se fue...". Se fue solo. "Yo me voy, no sé para dónde, Negrito. Pero un día vas a tener noticias mías", fue lo último que le dijo Julio. "Lagrimaba el viejo", recuerda Juan, también con emoción. Le dio a entender que no iba a volver. Y ya no lo volvería a ver.

Cuando Castro "se fue", Juan retornó enseguida a sus pagos de Tacuarembó. "Yo lo extrañaba horriblemente" y, a pesar de que el español dueño del hotel no quería, terminó abandonando el trabajo de la capital.

Según el relato de Juan, sí tuvo noticias de él, tal como Julio le había prometido. "Transcurrió el tiempo y un día estaba en la casa de mis padres, abajo del parral tomando mate y vi que venía un auto por el callejón. Cuando dio la vuelta yo les dije a mis viejos: ese auto es empadronado en Montevideo. Cuando se bajó, era Julito Castro, el hijo de él. Me dio una alegría..." Se abrazaron y Juan enseguida le dijo: "Che, ¿y mi patrón viejo, mi maestro?" Juan recuerda que le entregó una agenda, escrita por el propio Julio, en la que daba cuenta de su "viaje". El hijo de Castro le pidió que lo leyera después que se fuera, porque "en cada hoja venía la imagen de él".

El peón

Por los años 50, Julio Castro arrendaba unos campos en las inmediaciones del río Tacuarembó, en la estancia "Los Pajonales". Ahí se conocieron. "Julio me llamaba el Negrito Roldán", recuerda Juan.

Castro fue arrendatario de 3.500 cuerdas de campo en Tacuarembó durante varios años. Juan recuerda que en las inundaciones de 1959, el agua llegó a una altura de 1,70 m en el galpón donde estaba. Estuvieron durante tres días en un altílo, esperando que los vinieran a rescatar. Un helicóptero y una lancha finalmente sacaron a peonada del altílo. Después de eso, Julio Castro decidió "no poblar más" y abandonó aquellos campos inundables.



Juan Roldán había entrado de peón a la estancia. Recuerda que Castro era amigo de todos los peones. Le decía: "mirá Negrito, yo no soy de las personas que uso el corazón sólo para vivir. Yo si pudiera dar un cachito de mi corazón a cada ser humano, yo les daba". Castro iba a la estancia, permanecía allí durante dos o tres días y retornaba a Montevideo. Juan recuerda esos encuentros del campo. Castro sabía hacer trabajos en cuerda y le enseñaba

durante horas a Juan. Recuerda los relatos que Julio le hacía de sus viajes al exterior. También, una infinidad de conceptos. "Dentro de la gente humilde hay mucha inteligencia perdida. Vos Negrito, si hubieras estudiado, quién sabe lo que podrías haber sido", le decía.

Cuando iba a la estancia, Julio Castro recorría mucho el campo y Juan era su compañero de recorrida. "Él me proseaba y me proseaba y al mediodía, cuando todos se iban a la siesta, él me enseñaba cosas." "Había momentos que él me daba clases de cosas que yo no había aprendido en la escuela rural", recuerda Juan.

"Yo quisiera tenerte siempre cerca de mí", le decía. Juan lo recuerda como su "maestro" y también como un "segundo padre".

El secretario

Cuando Julio decide abandonar los campos luego de las inundaciones del 59, le dice a su peón: "Che, Negrito Roldán, a vos, ¿no te gustaría ir a Montevideo?", con la promesa de conseguirle un empleo. "De repente...", fue la respuesta de Juan, quien a los veinte días ve aparecer nuevamente a Julio que lo venía a buscar. "Viste, como yo te dije que te iba a llevar grabado en la mente, siempre...", le expresó Castro. Efectivamente, le había conseguido un trabajo de sereno en un hotel de la calle San José, en Montevideo, un hotel perteneciente a un español que, según Roldán, era muy amigo de Julio. Al poco tiempo, Juan ya estaba presente en el escenario montevideano, con su nueva actividad. "Andá sólo con la muda de ropa puesta", le había dicho. Al llegar, Julio lo invitó a "dar una vueltita"



y lo acompañó hasta el “London París”, donde lo vistió de pies a cabeza. “*Me visitás de vez en cuando*”, le dijo. Juan tardó unos días hasta que el propio Julio lo fue a buscar. Castro vivía en la calle Julio Herrera y Obes, “en un apartamento amplio que él tenía”. Allí había un escritorio con muchos papeles. No bien llegó Juan, agarró una revista para leer. Al ver esto, Juan recuerda que Julio le preguntó: “¿vos lees, tartamudeas o delectreas?”. “*Yo me parece que leo, don Julio*”, fue la respuesta. Y lo puso a prueba, haciéndole leer una página. Bien de bien. Juan siempre se preció de ser un gran lector. Ahí vino la oferta. Juan recuerda la actividad de Julio con Quijano en el semanario *Marcha* y su necesidad de leer otras publicaciones de prensa cada semana. Su tarea consistía en leer en voz alta para que Julio tomara las notas necesarias para su trabajo. Juan recuerda a Julio, en ocasiones, escribiendo el día entero. “*Vos me lees y yo te doy una propina*”, le había expresado Julio. Juan recuerda que a veces le daba más dinero que el sueldo que ganaba. Con el tiempo llegó a ir todos los días a la casa de Julio, caminando unas pocas cuadras desde su pieza del hotel donde trabajaba.

El amigo

Según Roldán, Beisso -yerno de Quijano- era quien llevaba a Julio Castro en avión a la estancia. Pero, según su relato, sus ideas políticas no coincidían y eso se veía cuando Beisso, con un proyector de cine, mostraba películas en contra de la Revolución Cubana, de noche en la estancia. “*Tu patrón mimoso es bien de ahí*”, le decía Beisso a Roldán. Pero no se llevaban mal, pensaban distinto, nada más.

Julio Castro le hablaba mucho de la Revolución Cubana a Juan Roldán. “*Mirá, Negrito, yo voy a programar un viaje (a Cuba) y te voy a llevar*”, le dijo un día. “*Bueno, si me lleva y no me deja por allá, voy sí*”, fue la respuesta de Juan. El viaje finalmente no se concretaría, pero Juan estaba dispuesto a acompañar a Julio adonde fuera. Sin embargo, sus ideas tampoco coincidían con las de Castro, hecho que nunca puso en juego la amistad entre ambos. “*Él no era patrón, era un amigo*”, expresa, con un renovado orgullo luego de tantos años. 📺